

ROMANOS, CAPÍTULOS IX – XI

junio 8, 2024

¿Cómo puede Dios permitir tanta crueldad en Palestina?

Sus razones acabarán por resplandecer de forma prístina.

Los judíos se mencionan a menudo en estos «Comentarios» debido al importante papel que desempeñan en el mundo y en la Iglesia. En la que posiblemente sea la mayor de las catorce epístolas de San Pablo, les dedica tres capítulos enteros, IX, X y XI. Esto se debe a que habían desempeñado un papel tan central en el surgimiento y formación de la Iglesia Católica, que los primeros creyentes se escandalizaron al ver que ellos llevaron a Cristo ante Pilato para que lo crucificara, y desde entonces por su negativa a tener nada que ver con Cristo, una negativa que, con pocas, pero notables excepciones, continúa hasta nuestros días. De hecho, sus acusadores dirán que desde la crucifixión de Cristo, han querido dominar el mundo en favor del Anticristo, y que en nuestro propio tiempo se están acercando más que nunca a su objetivo, una desgracia sin paragón para el mundo entero. Pero los judíos responderán que todas esas acusaciones surgen simplemente del odio a los judíos, o «antisemitismo».

¿Dónde está la verdad? Los judíos fueron el principal obstáculo en el camino de la misión de San Pablo para plantar la Iglesia Católica donde pudiera para salvar almas para la eternidad. He aquí por qué se les menciona tan a menudo en sus epístolas, y no siempre favorablemente – véase especialmente I Tes. II, 14–16. Pero todas las menciones de San Pablo forman parte de la Sagrada Escritura y, por tanto, como enseña la Iglesia Católica, estas menciones son, ante todo y en primer lugar la palabra de Dios, y sólo en segundo lugar la palabra de su autor humano. De ello se deduce que acusar a San Pablo de «antisemitismo» es acusar a Dios mismo de ser «antisemita». Ahora bien, sea cual sea el significado de esa palabra, el

significado es feo. Pero Dios es la Verdad misma (Jn. XIV, 6), y no puede ser feo de ninguna manera. Por lo tanto, todo lo que San Pablo dice sobre los judíos es verdadero y no «antisemita».

Así que si queremos saber qué pensar de los judíos, y para ello acudimos a las Escrituras para descubrir lo que Dios piensa de ellos, no podemos hacer nada mejor que recurrir a San Pablo, que tuvo una experiencia tan directa de ellos en su apostolado. Volviendo a San Pablo, encontramos su presentación más completa del problema que ellos representan en estos tres capítulos de la epístola a los Romanos. No es que San Pablo hable principalmente con amargura de su experiencia apostólica de ellos, al contrario . . .

En el conjunto de la epístola, los tres capítulos se intercalan entre la enseñanza dogmática de los capítulos I a VIII y la enseñanza moral de los Capítulos XII a XVI.

En el cap. IX San Pablo presenta al verdadero Israel, el Israel espiritual, formado por las almas, judías o gentiles, justificadas ante Dios por su fe en Jesucristo. El Israel de la carne, que incluía a pocas almas que no eran judías por raza, era meramente prefigurado. Desde Moisés en adelante, este Israel tuvo durante 1500 años el templo exclusivo, el sacerdocio y el sacrificio del único Dios verdadero, pero el propósito último de Dios era la capacitación de toda la humanidad para el templo, sacerdocio y sacrificio católicos, que vendrían con el Israel espiritual, la Iglesia Católica.

En el cap. X San Pablo presenta al falso Israel, formado por los judíos que han oído y comprendido el evangelio de Jesucristo, pero lo han rechazado. No les interesa ese Israel espiritual, abierto a toda la humanidad, donde ya no tendrán acceso privilegiado y exclusivo al verdadero culto del único Dios verdadero. Así que oirán el evangelio de Jesucristo, pero lo rechazarán, y en su lugar lo crucificarán.

El cap. XI, presenta las tres razones de la Providencia de Dios para permitir tal infidelidad de los judíos: en primer lugar es sólo parcial, porque algunos judíos en el curso de los siglos serán los mejores católicos, como Dios quiso que fueran; en segundo lugar, la infidelidad será útil para dar celos a los judíos y hacer humildes a los gentiles; y en tercer lugar, la infidelidad será sólo temporal porque los judíos se convertirán antes del fin del mundo. En última instancia, el judío (o el gentil) que desprecia a Dios no hace más que ejercer el libre albedrío que Dios le ha dado, pero San Pablo, por su parte, termina los tres capítulos con un breve himno a los misteriosos e insondables caminos de Dios.

Kyrie eleison